

La escuela, más allá de la Covid-19

Vivimos tiempos víricos y la viralidad se ha instalado en nuestras vidas, también en la escuela. Está instalada en la doble acepción del término: atenazados por el ciclo infeccioso de un virus y pendientes del éxito viral de mensajes e informaciones que se difunden de manera rápida y extensa en las redes sociales. La pandemia infecciosa nos ha confinado en casa y ha sometido las expectativas vitales al control sanitario. La viralidad de las redes se ha convertido en un modo de ser y de estar en la vida, convirtiéndose para muchos niños y jóvenes en un objetivo y una finalidad en sí misma. La escuela no ha quedado al margen de ninguna de las dos.

En este escenario, la huella de la Covid-19 ha invertido, y hasta cierto punto pervertido, el orden de prioridades de los discursos educativos, anteponiendo los contenidos y las prácticas sanitarias por delante de los planteamientos pedagógicos y escolares. La emergencia de la crisis sanitaria explica los motivos: era urgente poder abrir las escuelas asegurando la práctica escolar. Así, cuestiones básicamente de organización de espacios y plantillas, de horarios de los alumnos y del profesorado, de reparto de cargos y responsabilidades y de medidas higiénicas preventivas y de control, se han convertido en el leitmotiv central del inicio del nuevo curso escolar. Han sido, y son todavía, cuestiones de amplia complejidad que a menudo la misma situación que vivimos se empeña en fragilizar. Es lo que con acierto expone el equipo del Centre Educatiu y Terapèutic Carrilet en el artículo que encontrarás en este número, "Retos y reflexiones entorno del alumnado con Trastorno del Espectro Autista (TEA) durante el contexto de pandemia": *“volvimos con cierta tristeza. Con el duelo de reabrir un nuevo curso hablando la mayor parte del tiempo de medidas de protección y con poco tiempo para hablar de niños, de aspectos clínicos y pedagógicos que siempre han llenado nuestros espacios de reflexión en la escuela. Volver daba esperanza e ilusión, pero también nostalgia y pena por sentir que nuestro centro iba a ser distinto, con renunciadas dolorosas. Y sin saber si algunas de estas renunciadas iban a tener que quedarse para siempre”*.

Hay algo apasionante en el artículo de los profesionales de Carrilet: el relato de una pérdida y de una recuperación. La pérdida por parte de algunos niños del *locus* con la consiguiente desconexión, y la reposición del *yo* en recuperar la escuela. Destila a la vez un gran humanismo, sin duda el de los profesionales del centro y los padres, pero también el de los alumnos y su deseo de *ser* y no sólo *estar* en la escuela. Es innegable que la crisis pandémica nos ha hecho mirar con intensidad la escuela. De alguna manera hemos perdido también el *locus* escolar, pero a diferencia de los alumnos de Carrilet, demasiado a menudo estos últimos meses nos hemos empeñado más en *estar* que en *ser*.

La actual situación no sólo ha evidenciado la urgencia para definir el significado de *ser* escuela en el actual modelo productivo y social, sino que ha intensificado las debilidades que la institución escolar arrastra desde finales del siglo pasado. Muchas

están en las mismas raíces del sistema, formando parte de lo que en las sociedades occidentales se ha consensuado como finalidades de la escolarización, lo que le confiere sentido.

En este sentido, a pesar de la universalización de acceso, estos meses hemos podido comprobar cuán lejos estamos de un sistema escolar plenamente inclusor. De manera persistente la crudeza de la fragmentación social se hace patente a diario en las aulas, mientras contemplamos asombrados como se desmigaja la función "compensadora" de la escuela. Desgraciadamente la exclusión abarca a colectivos amplios de alumnos, por lo que personalizar la respuesta educativa y adecuarla a las necesidades y expectativas de todos se convierte, en la situación actual, en un reto de difícil resolución. Y lo es posiblemente porque, al margen de los imperativos de la Covid-19, la diferencia y la alteridad es algo que cotiza a la baja frente a los estándares homogeneizadores e igualadores social y culturalmente imperantes.

Es incuestionable que el actual ciclo infeccioso condiciona la práctica escolar y dificulta el trabajo conjunto entre los docentes, el trabajo en red entre profesionales vinculados a la infancia y la adolescencia o las tareas de asesoramiento psicopedagógico. Como lo es también, iniciar procesos de reconstitución y reposición. Sin embargo, es necesario saber dónde situar el punto de partida. ¿Dónde estamos es el resultado de la Covid-19 o estamos donde estábamos en el verano de 2019?

En este escenario, el trabajo conjunto entre el profesorado, la innovación educativa arraigada en la práctica reflexiva, la interconexión de conocimientos entre profesionales, la relación clínica-educación en el marco escolar y la posición de los asesores psicopedagógicos en relación con la institución, los docentes y los alumnos, son algunos de los temas que pueden ayudar a proyectar en el futuro el *ser* de la escuela. Son también algunos de los contenidos de los artículos que encontrarás en este número 53 de *ÁMBITOS*. Un número que es el último antes de cumplir VEINTE años. En enero de 2001 aparecía el primer *ÁMBITOS*, con la publicación del número 54 que queremos sea un monográfico sobre "la escuela más allá de la covid-19", *ÁMBITOS* estará de celebración con todos vosotros.

Otoño 2020

Joan Serra Capallera

Director Ámbitos de Psicopedagogía y Orientación